

documentos

CIDOB

E-ISSN: 2013-4428

Asia
27

VISIÓN DEL MUNDO EXTERIOR DE LAS CUATRO GENERACIONES DE LÍDERES POLÍTICOS DE LA REPÚBLICA POPULAR CHINA: Evolución histórica y conceptual

Mariola Moncada Durruti Departamento de Historia de la Universidad de Fudan, Shanghai

La mirada occidental, forjada tras más de un siglo de conquistas políticas y libertades individuales, con frecuencia sigue describiendo a la China actual como la “China comunista”, un apelativo en el que inevitablemente resuenan ecos de una ya enterrada Guerra Fría, y que en ocasiones dificultan la comprensión de la compleja realidad política de la China contemporánea. Efectivamente, hoy China sigue estando dirigida por el Gobierno autocrático del Partido Comunista Chino (PCCh), una élite política que hunde sus raíces en el linaje de los revolucionarios originarios de 1949. Sin embargo, la transformación interna que ha tenido lugar en el país desde entonces ha propiciado también una evolución notable del aparato político. En los albores del nuevo régimen, en los primeros años cincuenta y después en los sesenta, bajo el liderazgo de Mao Zedong, el PCCh hizo de la revolución marxista leninista su *leitmotiv* político y social, y arrastró a la nación China a la desastrosa década de la Revolución Cultural proletaria de 1966-1976. Pero fue el mismo partido el que abrió sus puertas al mundo en los años ochenta al abandonar el lema de “guerra y revolución” por el de “paz y desarrollo”. Con ello, dio comienzo la Política de Reforma y Apertura, una segunda revolución que cambiaría por completo la faz del país. Desde la

década de los noventa, los gobernantes chinos han logrado mantener el crecimiento económico sostenido de cerca del 10% anual, y han conseguido que China sea una de las principales potencias mundiales. Pese a la apertura progresiva de la esfera económica, el PCCh mantiene un férreo control sobre el poder político, gobernando autocráticamente sin oposición efectiva de otros partidos; no existen sindicatos libres, los medios de comunicación siguen controlados por el Gobierno, y la sociedad civil, tal y como se entiende en Occidente, es algo que todavía está por construir.

Sin embargo, se trata del mismo Gobierno que, en menos de treinta años, ha sacado del umbral de la pobreza a más de 200 millones de personas, y gestiona con éxito un país cuya complejidad “estructural” supera al de cualquier otro país del planeta: con una población cercana a los 1.400 millones de habitantes, repartida en 56 etnias oficiales, y con casi 300 lenguas distintas, si bien el mandarín es la lengua franca y única oficial de los medios de comunicación y en la educación. Una enorme población que, para su sustento, cuenta con una superficie cultivable per cápita mucho menor que la de Europa y unos recursos naturales desigualmente distribuidos por el territorio. Una desigualdad

Resumen: El ascenso de China como potencia internacional es probablemente el fenómeno con mayores implicaciones para el sistema internacional de los últimos treinta años. Debido a ello, resulta especialmente interesante conocer la percepción que del mundo exterior tienen y han tenido sus gobernantes, al objeto de comprender con mayor profundidad la evolución que en el último medio siglo ha experimentado su política exterior, a la par que la República Popular China ha ido abriendo sus puertas al mundo. El objetivo del presente estudio es ver como, bajo la batuta de las cuatro generaciones de líderes políticos del Partido Comunista Chino (PCCh), se han transformado los paradigmas a lo largo del camino que discurre entre la inicial “diplomacia revolucionaria” hasta la actual promoción de un “mundo armonioso”.

Palabras clave: China, política exterior, Mao Zedong, Deng Xiaoping, Jiang Zemin, Hu Jintao, paradigmas

que, además, se suma a las crecientes desigualdades de riqueza generada por el crecimiento económico, principalmente entre las boyantes regiones costeras y las regiones más deprimidas y aisladas del centro-oeste. La transformación de la élite política china tiene su reflejo más visible y mejor estudiado en el recorrido de su política económica. El paso de una economía de planificación socialista a una economía de mercado ha tenido resultados sorprendentemente buenos para los indicadores económicos.

No obstante, el objetivo de este trabajo es presentar otra faceta de la evolución, menos evidente, pero que también ha tenido lugar en el seno de la élite gobernante china. Una transformación que se relaciona con la visión de los líderes chinos del mundo exterior y del lugar que ocupa China en la esfera internacional, además de las implicaciones que ello ha tenido sobre su estrategia diplomática. Nos proponemos, así, abordar desde una perspectiva histórica, la evolución del pensamiento y actuación en materia de política exterior de los cuatro líderes históricos del PCCh: Mao Zedong, Deng Xiaoping, Jiang Zemin y Hu Jintao. En nuestro análisis, destacaremos de manera especial los cambios e inflexiones del discurso político de cada uno de los cuatro líderes chinos como vectores de esta evolución. Desde esta perspectiva metodológica, pretendemos no sólo analizar la percepción del mundo exterior del PCCh, sino, al mismo tiempo, aportar datos que arrojen luz sobre la complejidad del pensamiento político chino contemporáneo.

Mao Zedong: el encaje del mundo exterior en la utopía revolucionaria

El 1 de octubre de 1949, Mao Zedong proclamaba en la plaza de Tian'anmen de Beijing el establecimiento de la República Popular China. Ponía fin así a una sangrienta guerra civil entre nacionalistas y comunistas, y cerraba un capítulo de la historia que la historiografía china define como 百年国耻 *Bǎinián guóchǐ* (el siglo de la humillación). China “se ponía en pie”¹ tras haber sufrido durante una centuria una amarga experiencia histórica que incluía la agresión de potencias occidentales, desde mediados del siglo XIX, décadas de un Gobierno corrupto, y la brutal invasión japonesa a la que puso fin el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Tras su victoria, Mao Zedong tenía claro que China se disponía a escribir un nuevo capítulo de su historia, un capítulo cuyo objetivo sería llevar a cabo la modernización del país de la mano de la revolución socialista en el interior, y aunar esfuerzos para acabar con cualquier forma de imperialismo exterior.

¿Cuál era la visión del mundo que tenía Mao, líder supremo de la revolución, y que iba a sentar las bases de la diplomacia de la China moderna? A diferencia de sus correligionarios Zhou Enlai y Deng Xiaoping, que habían recibido parte de su formación en Europa, Mao tenía una escasísima experiencia internacional. A lo largo de su vida sólo había abandonado China en dos ocasiones (1950 y 1957), y en ambas con motivo de una visita oficial a Moscú. Su experiencia internacional se limitaba, así, a estas dos salidas y a los escasos contactos que mantuvo con la Internacional Comunista. A falta de una experiencia directa, la imagen que del mundo tenía Mao Zedong provenía fundamentalmente de dos fuentes: la doctrina política del Marxismo-Leninismo y su propia experiencia vital revolucionaria, forjada sobre la conciencia histórica de un siglo de agresión y humillación a manos de potencias extranjeras.

Factores ideológicos en la visión maoísta del mundo exterior

Proclamada la República Popular China, el Marxismo-Leninismo se convierte en la ortodoxia política del Gobierno

revolucionario. Sus principios conformaron el marco teórico a través del cual Mao Zedong analizó la realidad internacional. Según este marco, el mundo se dividía en dos bloques antagónicos y en constante contradicción: el bloque capitalista liderado por Estados Unidos, y el bloque socialista liderado por la Unión Soviética. La confrontación entre ambos bloques no era sino el reflejo en el panorama internacional de la lucha de clases,

motor de la historia según la doctrina marxista. Atendiendo a los presupuestos del Marxismo-Leninismo, Mao consideraba el bloque capitalista como sinónimo de imperialismo, hegemonismo y monopolio del capital. El bloque capitalista aspiraba a controlar el mundo a través de las armas, mientras que el bloque socialista y sus aliados tenían la misión histórica de contener la amenaza imperialista y salvaguardar la paz mundial. La victoria en esta contienda supondría el advenimiento final del socialismo sobre la tierra. Para ello era preciso asegurar la unidad del bloque socialista, y también era deseable la cooperación con otros países, aun fuera del bloque socialista, que pudieran colaborar con la causa. El contexto dualístico que marcó la ideología en la Guerra Fría sentó las bases programáticas de la política exterior de Mao. Así, estrechar los lazos con los países socialistas, combatir el imperialismo y dar apoyo a los movimientos de liberación no eran sino corolarios del imperativo ideológico que marcaba el alineamiento de China con el bloque socialista (Levine, 1994).

La ideología marxista-leninista proporcionó a Mao un acervo importante de principios políticos de actuación en el exterior. Entre ellos, quizás el más importante fue el principio leninista de “Frente Unido”, según el cual eran deseables las alian-

1. “El pueblo chino se ha puesto en pie” es el título del discurso pronunciado por Mao Zedong en la primera sesión de la Asamblea política consultiva popular china, en octubre de 1949 (Mao, 1994).

zas con otros países o regiones no socialistas siempre y cuando favorecieran la lucha antiimperialista (Armstrong, 1977). Esta fue la razón que llevó a Mao a procurarse el apoyo del Tercer Mundo (en referencia al *pueblo árabe, africano* y de los *pueblos de Latinoamérica*), y de algunos países de la incipiente Europa Occidental, en su lucha contra la política hegemónica de Estados Unidos en los años cincuenta y sesenta y, más adelante, en los setenta contra la amenaza del expansionismo soviético. La doctrina marxista no sólo proporcionó a Mao una explicación del mundo, sino que además le dio las herramientas precisas para desenvolverse en un contexto internacional que le era desconocido. En el Marxismo-Leninismo, Mao halló un discurso político con el que juzgar la realidad internacional y el comportamiento de otros países. Un discurso que le confería autoridad, confianza y, sobre todo, la base ideológica de su legitimidad ante el pueblo y ante sus propios correligionarios.

Factores culturales en la visión maoísta del mundo exterior

Sin ninguna duda la ideología jugó un papel fundamental en la percepción de la realidad internacional. Pero no fue ni mucho menos la única fuente de inspiración que conformó la imagen que Mao tuvo del mundo exterior. Una amalgama de factores de diversa índole, que aquí calificamos como “culturales”, tuvo también un peso específico a la hora de definir la imagen del “otro” en la generación de líderes revolucionarios. Por lo tanto, también influyeron de manera decisiva en la orientación de la política exterior de la República Popular China.

El ideal social de 大同 *Dàtóng* (la gran unidad) ha sido una utopía social presente en la cultura política china desde la antigüedad. Tiene su origen en los clásicos chinos, en concreto en 礼记 *Lǐjì* (el *Libro de los Ritos*), uno de los cinco clásicos del canon confuciano. Del mismo modo, la idea de 天下为公 *Tiānxià wéigōng* (el mundo pertenece a todas las gentes), también inspiraba en Confucio la visión de una sociedad ideal, armoniosa y perfecta, donde el respeto a la moral por súbditos y gobernantes era la base de esta utopía. Este ideal ha contribuido enormemente a lo largo de los siglos a fortalecer la cohesión y unidad del pueblo chino. Las principales figuras de la intelectualidad china de finales del siglo XIX y principios del siglo XX (Kang Youwei, Liang Qichao y el mismo Sun Yat Sen) reelaboraron el ideal clásico de *Dàtóng*, enlazándolo con los planes políticos de modernización del país. No pocos elementos del socialismo utópico europeo de aquella época están presentes en esta reelaboración del ideal chino, y fueron asumidos de manera natural por el movimiento reformador de principios del siglo XX. No fue fortuito, por tanto, que triunfara en China el Partido Comunista, ya que la utopía socialista que preconizaba, –la paz universal de un mundo fraternal y sin clases– encajaba sin artificio alguno en la propia raíz

cultural china. Mao fue un líder comunista, pero ante todo era también depositario de una larga tradición que le hacía culturalmente “chino”.

Otro aspecto cultural que debemos tener en cuenta a la hora de entender la visión maoísta del mundo exterior es el del peso de la historia reciente. Desde la primera Guerra Sino-Británica (o “Guerra del Opio”, 1839-1842), China se vio envuelta en una serie de agresiones, por parte de las potencias occidentales, que conllevaron la pérdida de soberanía en parte de su territorio; por ejemplo, la entrega de Hong Kong al Reino Unido tras el Tratado de Nanjing (1842), el primero de una serie de “tratados desiguales” a los que China se vio forzada a plegarse y que conferían a diversos países extranjeros privilegios comerciales con la apertura de puertos francos. La progresiva pérdida de soberanía sobre su propio territorio llevó a China a elaborar un tipo de narrativa que sería una constante en adelante: la del “siglo de humillación” (Callahan, 2004), una narrativa que constituye un elemento fundamental de la identidad nacional china moderna, la cual se fraguó al calor de la resistencia heroica al extranjero invasor. Sin duda alguna, esta carga histórica pesó en Mao a la hora de configurar la política

exterior china, una vez que la República Popular alcanzó su “liberación” de la mano de los comunistas. El Gobierno revolucionario enunció claramente el principio fundamental que regiría la diplomacia china a lo largo de toda la época contemporánea: la defensa a ultranza de la independencia de China y la salvaguarda de su integri-

dad territorial. Ya entonces, China dejó claro cuál iba a ser el aspecto más crítico de su política exterior sobre el que aplicaría tolerancia cero: cualquier forma de ataque o injerencia a su soberanía por parte del exterior. Tal y como afirmaría años más tarde Deng Xiaoping “en lo que respecta a la soberanía de China no hay espacio de maniobra posible. La cuestión de la soberanía es una aspecto cerrado a la negociación” (Deng, 1993: 2).

El mundo de Mao: la era de las grandes “teorías”

Durante las tres décadas en las que Mao detentó el poder absoluto en China, la visión del mundo que mantuvo el aparato político de la República Popular se basó en el las grandes teorías desarrolladas por el líder supremo del PCCh: la teoría de la “Zona Intermedia” y la teoría de los “Tres Mundos”. Ambas teorías abordaban desde una perspectiva holística la realidad internacional, y describían un mundo dividido en bloques que obviaba los criterios geográficos y solamente atendía a los ideológicos.

La primera mención de Mao al concepto de “Zona Intermedia” se registra en 1946 (Mao, 1994: 59), cuando describe el espacio (ideológico) que distaba entre los dos grandes bloques antagónicos: el bloque capitalista-imperialista y el bloque socialista, liderados respectivamente por Estados Unidos y la URSS. Esta “Zona Intermedia” incluía una larga lista de

países entre los que se encontraban países “capitalistas”, antiguas colonias y territorios semicoloniales de Europa, Asia y África. Esta amalgama de países de diversa naturaleza política, económica y cultural tenía para Mao una característica en común que justificaba el hecho de englobarlos en la misma categoría: toda esta amplia zona era, según Mao, el objetivo de la política imperialista de Estados Unidos. Por lo tanto, toda ella era susceptible de ser alineada en un mismo frente común contra el imperialismo. Resulta curioso que Mao considerara también a Europa, hermana ideológica del gigante “capitalista”, dentro de este bloque. Mao reconocía las divergencias entre China y Europa en términos de sistema político e ideología social. Sin embargo, insistía en ver a su vecino del otro extremo del continente eurasiático como un miembro más del “Frente Unido” en la lucha contra el imperialismo americano². El concepto de “Zona Intermedia” le confirió a Mao una categoría estratégica de indudable valor, ya que lograba introducir una tercera agrupación dentro del esquema internacional bipolar (capitalismo-socialismo), constituyendo la idea de base para desarrollar la diplomacia de “Frente Unido” contra Estados Unidos (Sheng, 1997).

Sin embargo, a finales de los años sesenta, las relaciones entre la Unión Soviética y China habían empeorado considerablemente. En 1968, la invasión de Checoslovaquia por parte de la URSS convenció a Mao de que su antaño tradicional aliado, y fuente de inspiración política y revolucionaria, había desembocado en el peor de los “revisionismos”. Además, con la apuesta por la invasión militar, la Unión Soviética devino a ojos de Mao una potencia también imperialista. Así, los Estados Unidos dejaron de ser el principal enemigo de China, un papel que ahora pasaba a ocupar la Unión Soviética. La categoría de “Zona Intermedia” dejó de tener valor semántico, lo que en 1970 condujo a Mao a enunciar su segunda y última gran teoría, la teoría de los “Tres Mundos” (Mao, 1998: 379-380).

En los años setenta la radicalización de la política revolucionaria de Mao había llevado a la Revolución Cultural a su punto culminante. La exaltación de la “revolución proletaria continua” tenía también su reflejo en el exterior. El mundo para Mao estaba ahora dividido en “Tres Mundos”: el “Primer Mundo” estaba formado por Estados Unidos y la URSS, dos superpotencias inmersas en una carrera armamentística que era el principal peligro para la paz y la seguridad mundiales y que buscaban lograr una posición de poder desde la

que garantizar sus intereses expansionistas e imperialistas. En el lado contrario del esquema se situaba el “Tercer Mundo”, constituido por Asia (excepto Japón), África y Latinoamérica; una categoría que englobaba a todos los pueblos oprimidos que aspiraban a lograr la libertad y la paz. A mitad de camino entre ambos, de nuevo quedaba un grupo de países descolgado que Mao definió como el “Segundo Mundo” (en una suerte de revisión de la antigua “Zona Intermedia”): Europa, Japón, Australia y Canadá. Los países del “Segundo Mundo” eran economías desarrolladas y sistemas políticos maduros, pero no por ello estaban libres de caer bajo el yugo de uno u otro superpoder. Las directrices de la política exterior china eran sencillas: agrupar al Tercer Mundo e intentar obtener la colaboración del segundo en la lucha contra el primero.

Mao Zedong nunca abandonó la perspectiva de una China constantemente amenazada por factores externos (Chen, 2001). Y si consideramos que la amenaza de una nueva confrontación mundial (entre las dos superpotencias y sus aliados) estuvo presente a lo largo de todo su mandato, entendemos porque su política exterior se midió básicamente en términos de seguridad nacional, una seguridad frágil y

llena de incertidumbres, hija de la rígida bipolaridad que introdujo, en la mente de los gobernantes chinos, la Guerra Fría.

Restablecido el orden social tras la anarquía que reinó durante la década de la Revolución Cultural, Deng supo transmitir que la principal amenaza que se cernía sobre China no era otra que la de su propio subdesarrollo y su aislamiento del mundo exterior

Deng Xiaoping: China se abre al mundo

En 1978, dos años después de la muerte de Mao, Deng Xiaoping se había consolidado como líder

supremo del PCCh. Restablecido el orden social tras la anarquía que reinó durante la década de la Revolución Cultural, Deng supo transmitir a sus compañeros de Gobierno que la principal amenaza que se cernía sobre China no era otra que la de su propio subdesarrollo y su aislamiento del mundo exterior. Décadas de una política económica errática habían estancado a China en unos niveles de desarrollo propios de un país premoderno. El arranque de la Política de Reforma y Apertura orquestada por Deng Xiaoping puso fin a esta situación de estancamiento. China inicia entonces su verdadera “segunda revolución”, una revolución silenciosa con la que logrará paso a paso insertarse en las dinámicas globales y alcanzar el estatus de miembro de la comunidad internacional. Sin embargo, en el inicio del proceso, la reconversión de la economía planificada en una economía de mercado fue visto como anatema por los sectores más conservadores del PCCh, que veían en ello una pérdida de la esencia del socialismo. Deng Xiaoping, el gran reformador de la China del siglo XX, tuvo el mérito de superar con éxito esta oposición e inculcar una línea programática que ha llevado a China a ser una economía mercado abierta al exterior. No obstante, el precio a pagar ha sido que la reforma económica no ha ido acompañada de reforma política de igual calado. La separación entre partido y Gobierno, que sería el punto de partida fundamental para llevar a cabo una transformación política en China, se planteó en 1987, pero se abandonó definitivamente tras los disturbios políticos que tuvieron lugar en el año 1989.

2. Mao admiró siempre la política independiente de los Estados Unidos que fue capaz de mantener el General De Gaulle, en quien quizás vio erróneamente el reflejo de toda Europa. El caso es que Mao siempre alentó la unidad Europea y su incipiente proceso de integración que se estaba gestando en la recién creada Comunidad Económica Europea. Posiblemente Mao creía que una Europa fuerte podría hacer frente mejor a Estados Unidos que una Europa débil y dividida.

Cambio de discurso político: del antiimperialismo a la diplomacia independiente

Durante los catorce años que Deng Xiaoping dirigió el destino de China, la percepción del mundo y la correspondiente actuación en política exterior experimentó un cambio sustancial. Deng abandonó por completo la perspectiva maoísta de “revolución continua”. El lema de 战争与革命 *zhànzhēng yú gémìng* (guerra y revolución) fue sustituido por el de 和平与发展 *Héping yú fāzhǎn* (paz y desarrollo). Para el Gobierno de Deng, la prioridad esencial pasó a ser la modernización del país, algo que no fue ajeno a la política exterior, que lejos de ser un instrumento para “exportar revolución”, pasó a estar al servicio de la construcción económica. Oficialmente, la diplomacia china siguió definiéndose como antiimperialista, antihegemonista y opuesta a cualquier forma de “política de poder”. Mantuvo como principios fundamentales los *Cinco Principios de Coexistencia pacífica* enunciados ya en los años cincuenta³. No obstante, el objetivo último de la acción exterior pasó a ser el de crear y favorecer un ambiente propicio en el exterior, para alimentar el desarrollo económico en el interior.

El cambio más evidente en la percepción que Deng y su generación tenían del mundo exterior, y que los diferencia de sus antecesores en el Gobierno, fue su espíritu enormemente pragmático. La diplomacia china experimentó a lo largo de los años ochenta un notable proceso de desideologización, un proceso que llevó a Deng a suavizar el discurso antiimperialista y, por el contrario, a premiar las posiciones favorables a la integración de China en la comunidad internacional, así como a conseguir apoyos exteriores para su proceso de modernización. Sin embargo, el giro que Deng logró dar a la política exterior no fue fácil. Cuando llegó al poder, a finales de los años setenta, la teoría de los “Tres Mundos” enunciada por Mao aún seguía siendo el principal esquema teórico de la visión exterior china. Y en sus inicios, también Deng había proseguido con la doctrina china de premiar los vínculos diplomáticos que fortalecieran un Frente Unido en el exterior que pudiera minimizar la amenaza de la carrera armamentística entre Estados Unidos y el creciente expansionismo soviético. La invasión rusa de Afganistán en 1979 conmocionó a la comunidad internacional; para Deng, posiblemente no hizo sino confirmar el temor a una nueva guerra mundial que ya había impregnado la visión maoísta y que justificaban el mantenimiento del Frente Común como prioridad de la agenda internacional china.

Una combinación de reforma económica en el interior y apertura hacia el exterior que, en palabras de Deng, tomó la forma de “socialismo con características chinas”

Sin embargo, a partir del año 1982, una serie de factores tanto internos como externos propiciaron un punto de inflexión clave en el discurso político chino. En el interior, tomaba nuevo énfasis la Política de Apertura y Reforma –ya enunciada por Deng en 1978–, que experimentó un nuevo impulso institucional durante el duodécimo Congreso del PCCh, la primera sesión plenaria del cual reafirmó con contundencia la tarea de construcción económica como el “objetivo prioritario de la modernización socialista” (Chen Feng, 2008: 236). Para ello, la cooperación con el exterior resultaba imprescindible: China necesitaba atraer inversiones extranjeras, conseguir transferencias de tecnología y *know-how*, así como abrirse al mercado exterior. La Política de Apertura y Reforma de Deng condujo también a que China invocara ahora un nuevo concepto de seguridad nacional; una seguridad que ya no se basaba exclusivamente en desplegar un poderío militar capaz de enfrentar futuras agresiones “imperialistas”, sino que en opinión de Deng, y en el país más poblado de la tierra, pasaba en primer lugar por garantizar la modernización económica y social. Para ello, China tendía abiertamente la mano hacia el exterior.

En lo que respecta a factores exteriores, a mediados de los años ochenta el mundo presenciaba un cambio de fichas entre las dos superpotencias de la Guerra Fría. Con la llegada de Mikhail Gorbachov al poder, la Unión Soviética ponía fin a sus veleidades imperialistas y se impregna-

ba de los aires reformadores del nuevo líder, que hacía gestos para un acercamiento a Estados Unidos y a China, lo que significaba un paso significativo hacia el desmantelamiento del mundo bipolar y la normalización de las relaciones entre Beijing y Moscú, tras más de una década de animosidad. Como consecuencia de este cambio en el panorama internacional, la amenaza del expansionismo soviético se desvanecía y China, que había buscado el acercamiento a Estados Unidos para contrarrestar la amenaza soviética, podía ahora relajar la dependencia estratégica que desde los años setenta tenía del coloso americano. Así, sobre la base de una relativa equidistancia entre Estados Unidos y la URSS, China anunció al mundo su nueva política exterior independiente (Robinson, 1994). Fue de esta manera que, a partir de 1985, el discurso de Deng en política exterior abandonaría definitivamente la idea del “Frente Unido” antihegemonista. Inspirada en el lema de *Paz y desarrollo* que el líder chino consideraba como la “tendencia fundamental de la época” (Deng, 1993: 104-106), China irá progresivamente reduciendo su apoyo a movimientos de liberación nacional y concentrando esfuerzos en estrechar lazos comerciales con Occidente y los países en vías de desarrollo. Una combinación de reforma económica en el interior y apertura hacia el exterior que, en palabras de Deng, tomó la forma de “socialismo con características chinas” o 有中国特色的社会主义 *yǒu Zhōngguó tèsè de shèhuìzhǔyì*, un concepto que desde entonces –y con gran fortuna– fue integrado dentro de la doctrina oficial de la RPCH.

3. Los *Cinco Principios de Coexistencia Pacífica* fueron propuestos por el primer ministro chino Zhou Enlai en 1953 a India, y los reiteró en la Conferencia de Bandung en 1954. Desde entonces han sido considerados por la diplomacia china como norma de actuación internacional y base para las relaciones con otros países. Estos principios son: respeto mutuo por la integridad territorial y soberanía, pacto mutuo de no-agresión, no injerencia en asuntos internos, igualdad y ventaja mutua, así como coexistencia pacífica.

La respuesta china a la reacción internacional de Tian'anmen

A finales de los años ochenta, la Política de Apertura y Reforma estaba ya consolidada y había dado sus frutos. El campesinado chino, un 80% de la población del país, fue el primer beneficiado, gracias a la liberalización de parte de la producción agraria que hizo que, por primera vez en décadas, los campesinos lograran aumentar sus ingresos. Sin embargo, el relativo éxito en el campo no se trasladó a las ciudades, donde las primeras medidas dirigidas a reformar las ruinosas empresas estatales de la época maoísta provocaron una alta tasa de desempleo. Ello se acompañó también de una alarmante tasa de inflación que, agravada por la creciente corrupción del funcionariado chino, llevó a sectores de la población urbana a manifestar su descontento ante la nueva situación. Los disturbios políticos comenzaron a revestir seriedad desde el año 1987, y alcanzaron su más trágico desenlace con la represión violenta por parte del ejército chino de los manifestantes en la plaza de Tian'anmen. En 1989, los manifestantes exigían del Gobierno transparencia, acabar con la corrupción e introducir medidas democráticas. En el sentido contrario, el sector más conservador del PCCh proponía la vuelta al maoísmo y pedía con fuerza el fin de la reforma económica, así como la vuelta a una economía socialista planificada. Deng tuvo que luchar contra ambos sectores para sacar adelante la modernización de China sin romper la estabilidad social, lo que seguramente iba a implicar la toma de decisiones traumáticas para uno u otro sector.

La reforma salió adelante, pero Deng hubo de pagar un precio por querer mantener la estabilidad social. En la madrugada del 4 de junio del año 1989, un cifra aun sin especificar (centenares o miles) de estudiantes perdían la vida ante los tanques desplegados por el Gobierno. La comunidad internacional, que había puesto grandes esperanzas en la reforma llevada a cabo por Deng Xiaoping, asistía estupefacta a los acontecimientos que se desarrollaban en la plaza de Beijing, los cuales fueron retransmitidos en directo al mundo por un centenar de periodistas que se encontraban en la capital cubriendo la visita de Gorbachov a China. Reunidos en París, los altos mandatarios de Japón y siete países occidentales decidieron entonces sancionar enérgicamente a China. Se suspendieron los contactos políticos de alto nivel y se congelaron proyectos de cooperación. Paralelamente, representantes de la Comisión Europea reunidos en Madrid emitieron un comunicado deplorando la actuación de Beijing (EFPB, 1989: 171). El Parlamento Europeo, por su parte, anunció días más tarde una serie de sanciones económicas y políticas, así como el mantenimiento del aún vigente embargo de armas hacia China (EFPB, 1989: 180).

La reacción de Deng fue de condena de la actitud occidental, que calificó de injerencia intolerable en asuntos internos chinos. Las sanciones impuestas por la comunidad internacional a China y las denuncias de violación de los derechos humanos supusieron un duro golpe para el orgullo y dignidad nacionales. Para el dignatario chino, Occidente orques-

taba una conspiración para acabar con el socialismo en China e imponer su propio sistema de valores (Deng, 1993: 3 y 331). Conceptos como “política de poder” y “hegemonismo” revivieron en los documentos oficiales del PCCh de aquel momento. No en vano, la Guerra Fría aún no había tocado a su fin. No obstante, China no sólo interpretó las sanciones occidentales como un ataque de naturaleza “ideológica”, la actitud de Occidente evocó también la memoria de la humillación sufrida en un pasado colonial. En una alocución tremendamente expresiva, Deng puso de manifiesto el peso que la historia tiene en el imaginario colectivo chino:

“Soy un chino conocedor de la historia de agresión por parte de los extranjeros. Cuando supe que la conferencia de los siete países impuso sanciones a China, de inmediato vino a mi mente la invasión perpetrada por la coalición de los 8 ejércitos en China en 1900. De los 7 países que han impuesto sanciones, 6 (junto con la Rusia zarista y Nueva Zelanda) estaban presentes en ese ejército. Hay que conocer la historia, es motor espiritual del desarrollo de China” (Deng, 1993, 357. Traducción de la propia autora).

Por todo ello, es pertinente afirmar que Tian'anmen marcó un antes y un después en las relaciones diplomáticas entre China y Occidente, y en la visión que China tenía del mundo exterior al que recién acababa de abrir sus puertas. Tian'anmen inició lo que China denomina peyorativamente

la era de 人权外交 *Rénquán wàijiāo* (la diplomacia de derechos humanos), una diplomacia que, según la visión china, desde los países desarrollados, hace bandera de la defensa de los derechos humanos para justificar sanciones e injerencias en los asuntos internos de terceros países, cuyo nivel de desarrollo no les permite alcanzar los estándares morales establecidos por Occidente (Zhou, 1998). La crisis de 1989 también puso de manifiesto las enormes diferencias ideológicas entre China y Occidente en conceptos como la soberanía y la universalidad de los derechos humanos. Las sanciones impuestas a China en 1989 se levantaron dos años más tarde y Beijing restableció pronto relaciones diplomáticas con las potencias occidentales. Deng no dejó nunca de abogar por la necesidad de abrirse al exterior como única solución para la modernización del país. Aún así, la cúpula dirigente retuvo un poso de desconfianza hacia un Occidente que desde su punto le había vuelto la espalda en el momento más difícil y crucial de su histórica reforma.

En los años siguientes a la crisis de Tian'anmen, Deng Xiaoping, un líder ya octogenario, aconsejó a sus sucesores una línea de actuación discreta en el exterior, basada en dos premisas fundamentales: “ocultar el potencial y esperar el momento oportuno”, así como “llevar a cabo actuaciones de carácter modesto”. Se trataba del núcleo de una estrategia de política exterior a la que el líder chino dio forma mediante una serie de frases tradicionales (Deng, 1993: 321, 363) que más adelante, analistas y teóricos del partido definirían como “La estrategia de los 24 caracteres de Deng Xiaoping”: 冷静观察, 站稳脚跟,

沉着应付, 韬光养晦, 善于守拙, 绝不当头, *Lěngjìng guānchá, zhàn wěn jiǎogēn, chéngzhuó yìngfù, tāoguāngyǎnghuì, shànyú shǒu zhuó, jué bù dāngtóu* (Observar con calma, asegurar nuestra posición, hacer frente a los asuntos con tranquilidad, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, ser buenos en mantener un perfil bajo, y nunca liderar la reivindicación). A estos 24 caracteres, se les añadió posteriormente cuatro más, que completaban su visión de la política exterior (Deng, 1998: 1346), con lo que su estrategia se renombró como “La estrategia de los 28 caracteres de Deng Xiaoping”: 冷静观察、稳住阵脚、沉着应付、韬光养晦、善于守拙、决不当头、有所作为, *Lěngjìng guānchá, wěn zhù zhènjǎo, chéngzhuó yìngfù, tāoguāngyǎnghuì, shànyú shǒu zhuó, jué bù dāngtóu, yǒu suǒ zuòwéi* (Observar con calma, asegurar nuestra posición, hacer frente a los asuntos con tranquilidad, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, ser bueno en mantener un perfil bajo, nunca liderar la reivindicación, llevar a cabo operaciones de carácter modesto). Al aconsejar cautela y una diplomacia de perfil bajo, sin duda, imaginaba Deng que la hora de China aún estaba por llegar.

Jiang Zemin: el ascenso de China y el ideal de un mundo multipolar

En 1992, el XIV Congreso del PCCh confirmó a Jiang Zemin como secretario general del partido. Un año más tarde, la Asamblea Nacional Popular le nombró presidente de la República Popular China. De este modo, Jiang Zemin tomó las riendas del país en un momento histórico de profunda transformación política. Estaba aún relativamente reciente la caída del muro de Berlín, que arrastraba consigo toda una época marcada por la Guerra Fría. La desintegración de la Unión Soviética, en sólo dos años, había propiciado el advenimiento de un nuevo orden mundial marcado por la supervivencia de Estados Unidos como la única gran potencia global. No obstante, otros actores internacionales ganaban peso en el ámbito internacional: la Unión Europea, Japón, la Federación Rusa y también China. El deseo de crear un mundo multipolar y la necesidad de ajustar su política en relación con Estados Unidos formarán el compromiso estratégico de las nuevas potencias emergentes surgidas tras el final de la Guerra Fría.

La década de los noventa no sólo es testigo de estos cambios dramáticos en la geometría del sistema internacional, también la revolución tecnológica y la creciente internacionalización e interdependencia de los mercados, que ahora encuentran vía abierta, dan paso a la era de la globalización, un fenómeno con implicaciones culturales, sociales y económicas sin precedentes en la historia de la humanidad. Entramos así en una fase que, en palabras del periodista americano Martin Walker (1996), “la era de la geopolítica dejaba paso a la era de la ‘geoeconomía’”; bajo un nuevo paradigma en el que los estados ya no sólo medían su poder según la fortaleza de su aparato militar, sino también en la escala y la influencia de su economía en el panorama mundial. Multipolaridad política y

globalización económica son los conceptos clave que dominan desde entonces las relaciones internacionales. Junto a ellos, un aspecto de indiscutible impacto global: el ascenso imparable del gigante asiático, China, que entra en el juego mundial y se consolida a lo largo de la década como uno de los principales actores de la comunidad internacional.

Una nueva generación de líderes posrevolucionarios

Para analizar correctamente la visión del mundo exterior de Jiang Zemin, es preciso hacer mención a la transformación sustancial que se opera en la cúpula dirigente china a mediados de los años noventa. En primer lugar, se produce un auténtico cambio generacional. A pesar de que la historiografía china habla de dos generaciones anteriores, la generación de Mao y la de Deng (ambos líderes ciertamente gobiernan en épocas diferentes y de manera radicalmente distinta), no fueron tan diferentes si atendemos a que ambos pertenecían a la misma generación biológica y que, como compañeros de armas, compartieron la misma lucha revolucionaria contra las tropas del Guomindang y fueron protagonistas de la épica larga marcha. Deng colaboró con Mao en vida de éste en el Gobierno de la

República Popular, incluso después de haber sido purgado y retirado de todos sus cargos dos veces durante la violenta Revolución Cultural (1969-1973 y 1976-1977). Por este motivo, el relevo que tiene lugar en 1993 y 1997 representa un cambio generacional que, además, implica la llegada al poder de una oleada de líderes

que no había participado en el combate revolucionario, sino que más bien eran “tecnócratas” formados para ejercer el Gobierno de manera eficaz. Se trata de un cambio de perfil que el mismo Deng había auspiciado respondiendo a las necesidades de su Política de Apertura y Reforma, la cual necesitaba reformadores más que militares o revolucionarios. Progresivamente, el ejército y a los cuadros más veteranos del partido (ortodoxos de la doctrina maoísta) fueron siendo alejados de los puestos de responsabilidad política. En su lugar, una nueva generación casi diez años más joven, con experiencia internacional y formación universitaria, alcanza la cúspide del poder. Este cambio en la cúpula dirigente china repercute de forma evidente en el estilo político, al quitar importancia al personalismo político propio de la época anterior. El culto a la personalidad de un único líder supremo se desvanece para dar paso a un sistema de toma de decisiones colectivo. Así, la política china deviene más institucionalizada, reglada, estable, predecible y, en definitiva, más “normal” (Miller, 2001).

El pragmatismo político que instauró Deng Xiaoping sigue siendo la orientación principal de la agenda política china, tanto en el interior como en el exterior. El objetivo de sacar adelante la reforma económica y avanzar en el desarrollo del país se mantiene como la prioridad absoluta. Para ello, Jiang Zemin llevará a cabo una diplomacia esencialmente práctica, con especial énfasis sobre los temas técnicos y de seguridad, orientada a conseguir la integración de China en la comunidad internacional. Durante esta época, la diplomacia china concen-

tra sus esfuerzos en negociar su entrada en la Organización Mundial del Comercio (OMC), un asunto de vital importancia para impulsar el desarrollo económico del país. También participará activamente en foros internacionales sobre desarme y no proliferación de armas nucleares, en cooperación contra el crimen internacional, y en asuntos relativos a salvaguardar la paz y estabilidad mundiales. La política exterior china seguirá estando inspirada en el mismo principio que ya anunció Deng en los años ochenta, la de crear un ambiente de paz y estabilidad propicio en el exterior, que garantizara una puesta en marcha sin problemas de la reforma en el interior.

Jiang Zemin y el enunciado de un nuevo orden y sistema de seguridad mundiales

Jiang Zemin considerará la tendencia hacia la multipolaridad en la esfera internacional como el desarrollo más lógico y justo del nuevo equilibrio de fuerzas que debía tomar forma tras el final de la Guerra Fría. Así, en numerosas ocasiones, manifiesta la urgente necesidad de acabar con el injusto orden mundial que había imperado en las décadas anteriores; un sistema basado en alianzas militares y cuyas reglas de juego habían sido establecidas por las potencias que habían detentado el poder hasta el momento. Era en definitiva, un orden mundial que, en opinión del líder chino, no podía garantizar la paz y el desarrollo de los pueblos, en especial de los países más desfavorecidos. A lo largo de sus numerosas intervenciones públicas, Jiang Zemin abogará por la creación de un nuevo sistema que supere la mentalidad de la Guerra Fría y se base en la cooperación como medio de resolución de conflictos en lugar de emplear la coerción. La propuesta de nuevo orden mundial que enuncia Jiang Zemin incluía, para empezar, potenciar la presencia china en la esfera internacional. La voz de China se escuchó en la ONU, foro en el que Jiang Zemin intervino en dos ocasiones (1995 y 2000), y de nuevo, en la Conferencia de Ginebra sobre el Desarme Mundial (también auspiciada por la ONU) en marzo de 1999.

En noviembre de 1994, en la reunión de Bogor (Indonesia) de los jefes de estado del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), Jiang Zemin aprovechará esta oportunidad para transmitir a su homólogo norteamericano las esperanzas de China con respecto a su relación con Estados Unidos, su principal interlocutor en materia de política exterior, sintetizadas en la expresión: 增加信任、减少麻烦、发展合作、不搞对抗 *Zēngjiā xìn rèn, jiǎnshǎo máfan, fāzhǎn hézuò, bù gǎo duìkàng* (aumentar la confianza, reducir los problemas, promover la cooperación y evitar la confrontación). En estos 16 caracteres el líder chino resumirá los principales puntos de su política exterior. Por otra parte, la administración de Jiang Zemin pondrá las bases de lo que será en los años posteriores una activa diplomacia multilateral. Sin que ello suponga abandonar el principio de política independiente y de no alineamiento, Jiang buscará distintas formas de cooperación internacional

para fortalecer la posición de China en el exterior. Su diplomacia impulsará, así, la cooperación con sus vecinos asiáticos a través de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y del APEC.

Con respecto a medidas más concretas sobre cómo y qué debía cambiarse del antiguo orden mundial, las propuestas del líder chino no presentan grandes innovaciones, aunque sí elementos nuevos: Jiang Zemin sugerirá un orden mundial basado en los principios que, desde los años cincuenta, mantenía la diplomacia china; entre ellos, por supuesto, se encontrarán los *Cinco Principios de Coexistencia Pacífica* de no injerencia, no agresión, respeto a la soberanía e integridad territorial, así como la equidad y beneficio mutuo. Jiang invocará también el respeto a la diversidad y la búsqueda de puntos en común, aceptando las diferencias entre países. La visión de Jiang privilegia el papel de la ONU como árbitro supremo de las disputas de la comunidad internacional, y se opone a cualquier actitud “hegemonista” o de monopolio de poder por parte de cualquier país (Chen Quoqiang, 2008: 435-460). En este contexto, puede que el aspecto más novedoso del discurso de Jiang Zemin con respecto al nuevo orden mundial sea el de promover

Respecto al nuevo esquema de seguridad, el primer objetivo al que deberá hacer frente Jiang Zemin será el de convencer a la comunidad internacional de que el auge de China es un “alzamiento pacífico”, para minimizar la percepción de “China como amenaza”

la idea de “democratización de las relaciones internacionales” (Jiang, 2000), un argumento, no obstante, que si bien es innovador en la forma no dejará de ser corolario del tradicional pensamiento político chino antihegemonista y antiimperialista, en estrecha relación con la lógica de los citados *Cinco Principios de Coexistencia Pacífica* (Sun, 2005). Sin embargo, en su nueva formulación, será un

principio más fácilmente asimilable por sus homólogos occidentales, y merecerá el apoyo unánime de los países del Tercer Mundo, confiriendo mayores cuotas de seriedad y legitimidad a la diplomacia china, algo de lo que estaba ciertamente muy necesitada tras décadas de discurso revolucionario radical.

En lo que respecta al nuevo esquema de seguridad orquestado por Jiang Zemin, el primer objetivo al que deberá hacer frente el líder chino será el de convencer a la comunidad internacional de que el auge de China es, sin lugar a dudas, un “alzamiento pacífico”, intentando minimizar la percepción de “China como amenaza” (*China Threat*), que iba adquiriendo cada vez más fuerza entre sus vecinos asiáticos. El impresionante crecimiento económico y consiguiente aumento del poder chino vivido en la década de los noventa hacían pronosticar el advenimiento al tablero internacional de un nuevo *hard power*; una superpotencia destinada a controlar militarmente el continente asiático, una región donde Estados Unidos (el principal país promotor de la teoría de la *China Threat*) seguía manteniendo una fuerte presencia mediante compromisos de seguridad. Con el fin de remarcar el carácter pacífico de la diplomacia china, Jiang Zemin llevó a cabo una estrategia concreta de acercamiento a sus vecinos, encaminada a despejar las dudas sobre la naturaleza no agresiva de su diplomacia. Así, a finales de los noventa, puso en marcha la ambiciosa política de “alianzas estratégicas”: una serie de acuerdos con otras

potencias sustentados básicamente sobre la base del interés y beneficio mutuos, sin la mediación de alianzas de tipo militar ni pactos de agresión a terceros, y con el componente fundamental de la complementariedad económica.

En 1997 China y Rusia firmaron un acuerdo por el cual se comprometían a ser socios estratégicos. Al año siguiente la Francia de Chirac tomó la misma iniciativa, y Estados Unidos, Japón y la Unión Europea se sumaron poco más tarde al mismo tipo de cooperación con Beijing. Cabe recordar que era la misma China que, tan solo quince años antes, insistía en seguir creando un “Frente Unido” contra el imperialismo, la que ahora se sentaba a la mesa de negociaciones con las grandes potencias mundiales, firmando acuerdos en los que ningún país o ideología figuraban como enemigo o amenaza. Este nuevo concepto de seguridad confirmó que el diálogo con China era decisivo en la construcción del mundo futuro. Con su voluntad de cooperación, las potencias mundiales habían confirmado que China entraba en el nuevo siglo investida con el estatus de gran potencia.

El fin del “siglo de humillación” y la apoteosis del nacionalismo chino: una nueva mirada a Occidente

En apartados anteriores de este trabajo, ya se ha mencionado el importante *background* psicológico y cultural que “el siglo de humillación” tuvo en la forja de la identidad de la China moderna. De manera recurrente, esta narrativa acerca de agresiones por parte del exterior, de desintegración y debilitamiento de la nación china, ha sido evocada constantemente por líderes políticos y ha calado en el conjunto de la sociedad al ser elevada a materia de estudio en las escuelas. La exaltación de ésta “humillación nacional” ha influido de manera decisiva en la visión del mundo de los líderes chinos, y ha impregnado profundamente el ideario del PCCh, convirtiéndose en guardián de la memoria de esta amarga experiencia histórica. Una experiencia que inevitablemente generó en el pueblo chino una actitud de desconfianza hacia el exterior, y una sensibilidad agudísima en asuntos que atañen a la soberanía del país. Al mismo tiempo, la vigencia de esta narrativa ha reforzado la legitimidad del PCCh, un partido que se arrogó la misión histórica de borrar las secuelas psicológicas de un trágico “siglo de humillación” y devolver a la nación china el estatus que le correspondía de gran potencia mundial.

Así, es posible afirmar que el nacionalismo chino ha ido sustituyendo progresivamente a la ideología marxista-leninista como base de la legitimidad del PCCh. En particular, a través de su rememoración en imágenes, películas, libros de texto y discursos políticos, “el siglo de humillación” ha influido de manera decisiva en la imagen que China se creó de Occidente (Hays, 2004). En opinión de dicho autor, el “siglo de humillación” ha estado presente a lo largo de la historia contemporánea china a partir de dos interpretaciones. La primera se produce durante los años treinta y cuarenta del siglo pasado,

mientras China se hallaba sumida en las guerras revolucionarias y de resistencia a la invasión japonesa, cuando se potenció sobre todo la imagen de una china “victoriosa”. Esta fue una de las dos variantes de la narrativa del “siglo de humillación”, una variante que resultaba más acorde con el espíritu revolucionario que Mao Zedong pretendía transmitir: China se ponía en pie y vencía heroicamente al invasor. La segunda interpretación toma fuerza a partir de la década de los noventa, reinterpretando el papel de China como el de una “víctima”. Varios factores avivaron en el discurso político esta versión victimista del “siglo”: Occidente con las sanciones impuestas en Tian’anmen había vuelto a revelar su naturaleza “hegemónica” y su voluntad de ejercer “política de poder”. Poco antes, con el final del comunismo en Europa, había despertado la euforia de Occidente por el triunfo de la ideología liberal, la misma euforia que llevó a Francis Fukuyama a anunciar “El fin de la historia”.

China observó con horror el colapso de la URSS, que ponía gravemente en peligro la legitimidad de su propio sistema político. La creciente amenaza reavivó la sensación de que China sería la próxima víctima de una conspiración de Occidente

cuyo fin último era acabar con el sistema socialista e imponer el sistema de valores occidental. La reinterpretación devolvía al discurso del “Siglo” a su plena vigencia. Si la observamos en su conjunto, la década de los noventa sorprende por la dualidad del discurso político chino en el exterior y en el interior. Por una parte, la tercera generación de líderes del PCCh logra el despegue de

Durante los años noventa surgió con fuerza una corriente de pensamiento antioccidental, no sólo promovida por el PCCh, sino también desde círculos intelectuales independientes que ansiaban para China una modernidad propia

la diplomacia china con un discurso pragmático y moderno. Jiang Zemin impulsa la citada política de alianzas estratégicas y la participación de China en acuerdos multilaterales, logrando estrechar aún más los lazos de China con el Tercer Mundo. Sin embargo, en el discurso político interno, Jiang llega a calificar a sus nuevos socios occidentales (fundamentalmente a Estados Unidos) como el conjunto de 国际敌对势力 *Guójì dídù shìlì* (fuerzas extranjeras enemigas) (Jiang, 2006. Vol. 3: 264-299), portadoras de la ideología liberal burguesa y foco de la auténtica “contaminación espiritual” (Jiang, 2006. Vol. 2: 371). Si bien durante la década de los ochenta, la sociedad china había mirado a Occidente con admiración y el deseo de emular el estilo occidental, durante los años noventa, y posiblemente como reacción a esa excesiva “occidentalización” de la década anterior, surgió con fuerza una corriente de pensamiento antioccidental. Una corriente no sólo promovida por el PCCh, sino también desde círculos intelectuales independientes del poder político que ansiaban para China una modernidad propia, y animaban al pueblo chino a “decir no” a Occidente cuando exigía la asimilación a sus estándares políticos⁴.

4. De hecho, “China puede decir no” (*Zhongguo keyi shuo bu*) es el título de un *best seller* escrito por diversos intelectuales que se publicó en China en el año 1996. Se considera el ejemplo más representativo de la sensibilidad antioccidental china en esta época.

En 2001 confluirán una serie de acontecimientos que fortalecerán la imagen de China como “gran potencia” en la propia conciencia de sus gobernantes (Delage, 2003). Es entonces cuando, tras una década de durísimas negociaciones, China consigue finalmente entrar en la OMC, logra que Beijing sea la candidatura elegida para organizar los Juegos Olímpicos de 2008 y Shanghai es designada sede de la cumbre de Jefes de Estado de la APEC. Al mismo tiempo, tiene lugar el brutal ataque terrorista del 11 de septiembre en Estados Unidos, que impele a la diplomacia norteamericana a concentrar sus esfuerzos en la lucha antiterrorista y dejar a un lado la idea de la *China Threat*. A la vista de los acontecimientos, ahora Estados Unidos busca la colaboración de su socio asiático en la lucha contra el terrorismo. Se trata de un conjunto de reconocimientos en el panorama internacional que, conjuntamente, incrementa la confianza china en su nuevo rol de potencia internacional y en su capacidad de influencia en los asuntos globales. China experimenta una importante inyección de autoconfianza y, por primera vez en documentos oficiales se habla de 中华民族的伟大复兴 *Zhōnghuá mínzú de wěidà fùxīng* (el gran renacimiento de la nación china), en lugar de recordar el “siglo de humillación”, un pasado que China considera concluido (Chen Quoqiang, 2008: 739-766). Con creciente autoconfianza, China anunciará a Occidente que este renacimiento será pacífico, pero también que no se plegará a los dictados de Occidente, por el contrario, el motor de su transformación política, económica y social será de inspiración china.

Hu Jintao: China y la creación de un “mundo armonioso”

En 2003, Hu Jintao accede al poder en China y asume el desafío de liderar el país más poblado de la tierra, en un contexto internacional marcado por las consecuencias del 11-S. Estados Unidos ha consolidado su posición unilateralista en la lucha contra el terrorismo islámico, y las guerras de Afganistán e Irak han dado lugar a profundas divisiones entre Washington y el resto del mundo. Entre los que se han alejado se encuentra China que, en paralelo a este proceso, ha visto derrumbarse su sueño de un orden mundial multipolar. Los primeros años del siglo XXI vienen marcados también por la aparición de nuevas amenazas de corte no-tradicional: pandemias, crisis energéticas y el fantasma del deterioro medioambiental, así como las consecuencias del cambio climático. Todos ellos marcan un nuevo perfil de enemigos invisibles que exigen la cooperación de gobiernos y organizaciones internacionales para hacerles frente y vencerlos o minimizarlos. El mundo, definitivamente, se ha hecho *global*.

En lo que respecta al equilibrio de fuerzas internacionales, el avance de la primera década de la centuria prueba lo que, en una clara contestación a Fukuyama, el historiador Robert Kagan define como “el retorno de la historia y el fin de los sueños” (Kagan, 2008). Asistimos a un escenario en el que la

geopolítica vuelve a tener un papel destacado. La competición por el predominio entre el único poder global, Estados Unidos, y las grandes potencias regionales, como Rusia, China, Europa, Japón, India e Irán vuelve a ser la clave de las relaciones internacionales. Entre sus constataciones, Kagan admite que autocracia y creación de riqueza no están reñidas, y que ejemplos como el ascenso de Rusia y China son prueba de ello. Y es que, para algunos observadores, la inmediata y más relevante consecuencia del ascenso de China en el siglo XXI habrá sido lograr hacer tambalear la idea de que sólo el modelo de democracia liberal occidental puede ser el garante de paz y desarrollo (Leonard, 2008).

Un nuevo cambio de discurso político

La cuarta generación de gobernantes chinos que lidera Hu Jintao llega al poder sin poseer el mismo grado de experiencia internacional directa que la generación anterior. El nuevo equipo de gobierno inaugura una agenda política con una carga más populista y social. Su proyecto político anuncia la intención de corregir la creciente desigualdad que el fulgurante crecimiento económico de la última década había originado en la sociedad

china. No por ello deja de ser una generación que permanece al tanto de las corrientes de opinión internacionales y de las últimas tendencias en materia económica y tecnológica. La principal innovación política de Hu Jintao está en haber generado un nuevo discurso político inspirado en ideas de

la cultura tradicional china. El elemento base de este nuevo enunciado político es el que hace referencia a 和合文化 *héhé wénhuà* (la cultura de armonía). La cultura de armonía (o más bien debiéramos traducirlo como la cultura de armonizar, acomodar o conciliar, o hacer de las diferencias un uno) está profundamente enraizada en la cultura china. En los dos caracteres que componen la palabra armonía está implícita la idea de un proceso que consiste no en eliminar diferencias, sino en conciliar la diversidad para que el resultado final sea armónico. Desde la antigüedad ha sido un término utilizado por pensadores clásicos como Confucio, Laozi, Mozi y otras escuelas de pensamiento, que veían en esta práctica moral la esencia de la justicia y del bien común. Hu Jintao presentará como objetivo de su política interior la consecución de una “sociedad armoniosa”, y su reflejo en política exterior será el de contribuir a la creación de un mundo igualmente “armonioso”.

La creación de un mundo armonioso es ciertamente una formulación novedosa en las relaciones internacionales, un campo cuya teoría ha sido tradicionalmente monopolio de Occidente. Hu Jintao realiza así el primer intento por parte de un líder chino de presentar a la comunidad internacional una alternativa al modelo de gobernabilidad global de cuño auténticamente chino. Lo hace en un momento en el que no sólo debía contrarrestar la teoría de la *China Threat*, y reafirmar que China no iba a ser nunca una potencia expansionista (Brookings Institution, 2008). El “mundo armonioso” de Hu es, sobre todo, la respuesta china al “choque de civilizaciones”; una sensibilidad que gana ímpetu en Occidente tras los

ataques del 11 de septiembre, y que yacía en los presupuestos morales de la política exterior americana de corte neoconservador. Con el enunciado de su “mundo armonioso”, Hu resucita en la documentación oficial términos y alocuciones de los clásicos chinos, se desvanece por completo la antigua terminología marxista para dar paso a un nuevo discurso diplomático; un discurso en el que Hu consigue eliminar lo que hasta ahora había sido una constante en el enunciado de la diplomacia china: el componente de 斗争 *Dòuzhēng* (oposición o lucha). Este, que China había heredado de su época revolucionaria, había persistido tras la Guerra Fría en las formas de “antihegemonismo”, “antiunipolaridad”, “antiame-ricansimo”, “antiindependencia de Taiwán”, etc. Las declaraciones diplomáticas con el prefijo “anti” habían sido omnipresentes en la época anterior. Treinta años después de que Deng Xiaoping anunciara su política de apertura al exterior, China finalmente abandona su perspectiva de confrontación con Occidente y opta por el compromiso y la participación como enfoque de su política exterior y de seguridad.

El concepto chino de un Mundo Armonioso

Dos años después de la elección del término de 和平崛起 *hépíng juéqǐ* (alzamiento pacífico de China), en la propia cúpula del PCh existían dudas de que fuera un concepto capaz de definir en su totalidad la estrategia china de inserción en la comunidad internacional.

Así, tras un periodo de debate y reflexión, en 2005, Hu Jintao enunció por primera vez el término de 建设和谐世界 *Jiànshè héxié shìjiè* (construcción de un mundo armonioso) que sería el lema elegido para sintetizar sus objetivos de política exterior. Este nuevo concepto de “construcción de un mundo armonioso” es más completo, ya que, por una parte, describe no solamente la posición de China en el mundo, sino también da pistas sobre cuál es la idea china de cómo debe ser este mundo. También, deja de limitarse tan solo a la idea de un proceso en marcha (alzamiento), para reflejar el producto final del proceso (armonía) (Wang, 2007). En definitiva, la principal bondad de este nuevo concepto, y que confiere un sentido mucho más profundo al enunciado de la política exterior china, es el hecho de su vocación de tener un valor universal. Tal y como afirma el experto chino en relaciones internacionales Wang Yiwei, es un concepto “originado en China y que pertenecía al mundo” (Wang, 2007b).

En cierto sentido, y aunque no se planteó abiertamente de esta manera, el mundo armonioso chino de Hu presentaba una alternativa a la visión universalista occidental que había en-tronizado el sistema liberal democrático como premisa fundamental para el mantenimiento de la paz. China no planteaba un sistema político concreto como modelo ideal, sino que, con su propuesta, defendía la necesidad de mantener un espíritu más conciliador, tolerante y “magnánimo” (包容精神 *Bāoróng jīngshén*) que rigiera las relaciones internacionales. Un espíritu que, además, se comprometía a salvaguardar la diversidad política y cultural, entendida como elemento fundamental de

la naturaleza humana y motor de su desarrollo. Según esta visión, un mundo armonioso sería aquel capaz de conciliar y acomodar las diferencias buscando los puntos en común.

Hu Jintao presentó por primera vez su visión del mundo ideal ante la comunidad internacional en 2005, durante su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, trasladando sus ideas de comportamiento internacional ante los líderes mundiales. Entre ellas, estaba el llamamiento a adoptar el multilateralismo diplomático como medio para salvaguardar la seguridad global, reforzando el papel de árbitro de la ONU en las cuestiones internacionales. Hu volvía a dejar patente la postura de clarísima oposición a cualquier tipo de injerencia en la política doméstica de China o en asuntos relativos a su soberanía. Era una velada respuesta a la condena constante que desde hacía décadas Occidente realizaba a la situación de los derechos humanos en China o a su intervención en asuntos espinosos, como Tíbet o Taiwán. La necesidad de construir un sistema económico justo y que favoreciera la cooperación con los países menos desarrollados era otra de las propuestas inherentes al discurso de Hu Jintao. En definitiva, pese a sustentarse

en un nuevo discurso, los presupuestos que incluían la construcción de un “mundo armonioso” eran básicamente una relectura de los *Cinco Principios de Coexistencia Pacífica* defendidos por la diplomacia china desde los años cincuenta, imbuidos del idealismo formal propio de la tra-

dición cultural china. Un discurso, el del mundo armonioso, que difícilmente puede comprenderse sin enmarcarlo en un contexto más amplio, como es el de la recuperación del 新儒家 *Xīn Rújiā* (o Nuevo Confucianismo), una corriente de pensamiento neoconservadora que se ha extendido entre los intelectuales de la China continental, principalmente, y de Hong Kong, Taiwán y Estados Unidos, y que aboga por la revitalización de la cultura tradicional china (que identifican como ligada a la moral confuciana), recuperando el sentido de armonía en la vida pública, en la política e incluso con el medio ambiente. Un elemento valioso del Nuevo Confucianismo es que, si bien reconoce y adapta algunos de los elementos del pensamiento occidental (como el racionalismo o el humanismo), defiende a su vez que los valores confucianos también tienen una aplicación universal.

Lógicamente, el PCCh no se presenta a sí mismo como abandonado oficial de esta corriente de pensamiento. Su cúpula dirigente sigue siendo la heredera de la doctrina marxista-leninista, a cuyo corpus ideológico se le añaden el pensamiento de Mao Zedong, la Teoría de Deng Xiaoping y las *Tres Representaciones* de Jiang Zemin. No obstante, los postulados del Nuevo Confucianismo son una fuente clara de inspiración en el discurso político actual, al que dicha doctrina ha contribuido en gran modo a “embellecer”, matizando la fuerte carga ideológica del Marxismo-Leninismo. Se trata además de un corpus de pensamiento que encuentra eco en otras regiones de Asia, como alternativa convincente a la doctrina liberal occidental.

El enunciado de la “construcción de un mundo armonioso” se hizo desde el convencimiento y la seguridad de que China podía aportar al mundo un nuevo estilo de gobernabilidad global. China no buscaba la confrontación con Occidente, pero sí le recordaba que el supuesto “universalismo” exclusivo de sus valores, era algo cuestionado por la civilización más antigua del planeta.

La nueva diplomacia china

A lo largo de la primera década del siglo XXI, China ha consolidado su relación con los cuatro pilares de su política exterior: a) las grandes potencias, b) con sus vecinos asiáticos, c) con el Tercer Mundo y d) con las organizaciones multilaterales. A modo de corolario, es posible resumir los rasgos en la diplomacia de la cuarta generación de líderes chinos en los siguientes puntos:

En lo que respecta a su estrategia, la diplomacia china ha pivotado entorno a dos de los principios enunciados Deng Xiaoping a principios de los años noventa: “ocultar el potencial esperando el momento oportuno” y “llevar a cabo acciones de carácter modesto”. A lo largo de la presente década, China ha estado esperando su momento, desplegando una diplomacia relativamente pasiva, una actitud que en ocasiones le ha supuesto ser acusada de “país no responsable”. Sin embargo ahora, una vez que China ha consolidado su estatus de gran potencia, y a medida que sus intereses de seguridad son progresivamente más complejos, es cada vez más difícil mantenerse pasiva. La máxima de “esconder potencial y aguardar el momento” no es ya factible. Debido a ello, la diplomacia china va inclinándose más la balanza hacia actuaciones de política exterior de carácter cada vez menos “modesto”. China ahora participa activamente en operaciones diplomáticas de diversa índole y con diferentes actores, entre los que destacan: la Organización de Cooperación de Shanghai (SCO, en sus siglas inglesas), la Cumbre Asia Europa (ASEM, en sus siglas inglesas), la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, en sus siglas inglesas), el Foro Sino-Africano y la Ronda de Conversaciones a Seis Bandas para la resolución del conflicto de Corea del Norte.

En cuanto a sus objetivos diplomáticos, China ha pasado de dar prioridad absoluta a sus relaciones con Estados Unidos (principal objeto de su política exterior en los años noventa), a inclinarse por un enfoque multidireccional. Hoy el factor norteamericano es todavía importante, pero lo es menos que en la década anterior. Ello es también resultado lógico de los cambios operados en la distribución del poder en el ámbito mundial: la Unión Europea, la Federación Rusa, Japón, la India, Brasil y el Sudeste Asiático; todos ellos son actores internacionales cuya importancia ha crecido drásticamente en los últimos años. También África y América latina son, gracias a su potencial de complementariedad eco-

nómica y como fuente de recursos energéticos, importantes objetivos a desarrollar en la diplomacia china. Por último, la proliferación de organizaciones internacionales de carácter no gubernamental (como el Comité Olímpico Internacional) han propiciado también la creación de un nuevo objetivo de trabajo en su diplomacia. Todos estos factores han supuesto una erosión de la influencia norteamericana en asuntos internacionales, y han llevado a China a poner en marcha una diplomacia mucho más diversa que incluye acciones en el plano bilateral y multilateral.

Más allá de la bondad de su la teoría, la puesta en práctica de un “mundo armonioso” presenta, y seguirá presentando en un futuro, importantes retos diplomáticos para China. El más obvio es sin duda cómo conciliar el sacrosanto principio chino de no intervención, y las exigencias y responsabilidades de ámbito internacional a las que debe hacer frente toda gran potencia. ¿Puede China permanecer impasible ante el genocidio de Sudán y, al mismo tiempo, mantener una relación “armoniosa” con el resto de las grandes potencias que lo condenan? La respuesta está en el aire. De hecho, la crisis de Sudán y su impacto en los intereses económicos chinos le

ha generado un quebradero de cabeza sobre las limitaciones de la “no ingerencia” (Hanson, 2008). Sin embargo, muy posiblemente, el mayor desafío al que se enfrentará el Gobierno chino, que aún se define como “comunista”, será el de mejorar su imagen ante la comunidad internacional y convencerla de que verdaderamente es capaz de

lograr en el interior de su gran país la “sociedad armoniosa” que proclama el proyecto político del PCCh. Su éxito o fracaso a la hora de llevar al pueblo chino a cotas más elevadas de desarrollo y hacer de él un pueblo satisfecho con sus gobernantes es la mejor baza para asegurar el prestigio y legitimidad de estos líderes en la arena internacional.

Conclusión

En los sesenta años que el PCCh lleva gobernando China, la visión del mundo exterior de sus gobernantes ha evolucionado de manera notable. Quizás el principal factor que ha propiciado esta evolución ha sido la progresiva sinización del marxismo que tuvo lugar desde fechas ya tempranas y que acomodó la doctrina política del comunismo a la realidad china. Una realidad compleja que exigía más flexibilidad a los rígidos presupuestos del Marxismo-Leninismo y que, además, contaba entre los elementos de la tradición china con muchas concomitancias con el ideal comunista. No obstante, y tal y como se ha señalado, la ideología ha perdido peso en el enunciado de la diplomacia china más actual, para otorgárselo a elementos de la cultura endógena china. Hoy en día, el mundo visto por el Partido Comunista Chino es más la visión de un “partido chino” que la visión de un “partido comunista”.

La ideología ha perdido peso en el enunciado de la diplomacia china más actual, para otorgárselo a elementos de la cultura endógena china. El mundo visto por el Partido Comunista Chino hoy es más la visión de un “partido chino” que la visión de un “partido comunista”

Hay, no obstante, constantes que se han transmitido a la largo de las cuatro generaciones de líderes que han gobernado China desde los años cincuenta. Entre ellas la de una agudísima sensibilidad en los asuntos relativos a la soberanía del país, que subyace en el fondo de los conflictos más graves que enfrenta hoy China. Al margen de las disputas comerciales con Estados Unidos o con la Unión Europea –que no dejan de ser conflictos transitorios y ligados al proteccionismo comercial de uno u otro lado–, los problemas que verdaderamente generan fisuras entre China y el mundo occidental son aquellos en los que China percibe como ataques a su soberanía. El tema del Tíbet, Taiwán y la exigencia de Occidente a China para que respete el estándar occidental de los derechos humanos, se encuentran entre ellos.

Resulta especialmente incómoda para China la postura de Occidente de insistir en la validez universal de su sistema de valores. Unos valores que, tal y como señala Seán Golden (2003), fueron introducidos en China con la fuerza de las armas desde mediados del siglo XIX y sirvieron como justificación moral de un siglo de colonialismo. El paradigma postcolonialista nos da las herramientas para interpretar el rechazo chino, aún hoy, de lo que se ha dado en llamar nuevo “hegemonismo cultural” o nueva manifestación de “política de poder” (Cui, 2001) por parte de Occidente. Es posible afirmar que en su rechazo a los valores occidentales, China no analizase en profundidad su contenido, sino que rechazase la autoridad moral de la fuente que los proclamaba (Golden, 2003). Unos valores que puede que para Occidente sean la base del reconocimiento de la dignidad de las personas, la base de la justicia y estabilidad social y el motor de la solidaridad entre naciones, pero que a los ojos de China, son los mismos valores que fueron utilizados para justificar un pasado imperialista, imponer sanciones económicas y que además representan la expresión última de superioridad moral por parte de Occidente. Dejemos que la historia nos dé una lección de humildad y abramos los ojos a la magnanimidad del “otro”. Quizás descubramos que el ideal kantiano de “Paz Perpetua” y el ideal chino de “Armonía” son, en lenguas distintas, la misma expresión de un anhelo universal.

Referencias bibliográficas

ARMSTRONG, J.D. *Revolutionary Diplomacy. Chinese Foreign Policy and the United Front Doctrine*. Berkeley: University of California Press, 1977.

BROOKINGS INSTITUTION (ed.) *China's peaceful Rise. Speeches of Zhengbijian 1997-2005*. Washington: The Brookings Institution Press, 2005.

CALLAHAN, W. A. “National Insecurities: Humiliation, Salvation, and Chinese Nationalism”. *Alternatives*. Vol. 29 (2004). P. 199-218.

CHEN Feng; GAO Min (eds.) 中国共产党历次全国代表大会: 从一大到十七大 *Zhongguo gongchandang lici daibiao dahui: cong diyi dao shiqida* (Recopilación de los congresos nacionales del Partido Comunista Chino: Del primer congreso al deci-

moséptimo congreso). Beijing: Zhonggongdangshi chubanshe, 2008.

CHEN Guoqiang (ed.) 十一届三中全会以来历次党代会、中央全会 报告 公报 决议 决定 *Shiyi jie san zhong quan hui yilai lici dangdaihui zhongyang quanhui baogao jueyi jue ding* (Recopilación de congresos nacionales, sesiones plenarias del comité central, informes, comunicados, resoluciones y decisiones desde la tercera sesión plenaria del décimo primer congreso nacional del partido hasta la actualidad). Beijing: Zhongguo fangzheng chubanshe, 2008.

CHEN Jian. *Mao's China and the Cold War*. Chapel Hill & London: University of North Carolina Press, 2001.

CUI Hongwei. “规范性强权” 欧盟与中欧关系的和谐发展 “*Guifanxing qiangquan” oumeng yu zhongou guanxi de hexie fazhan* (La “política de poder normativo” de la Unión Europea y el desarrollo armonioso de las relaciones sino-europeas). *Shehui kexue bao*. Vol. 11 (2007). P. 56-63.

DELAGE, Fernando. “La política exterior china en la era de la globalización”. *Revista Cidob d'afers internacionals*. No. 63 (septiembre-octubre 2003).

DENG Xiaoping. 邓小平文选 *Deng Xiaoping wenxuan* (Antología documental de Deng Xiaoping). Vol. 3. Beijing: Renminchubanshe, 1993. P. 2

– 邓小平思想年谱 (1975-1997) *Deng Xiaoping sixiang nianpu* (Crónica del pensamiento de Deng Xiaoping 1975-1997). Beijing: Renminchubanshe, 1998.

EFPB (*European Foreign Policy Bulletin*). Document no. 89/171.

– Document no. 89/180.

GOLDEN, Seán. “Modernidad versus posmodernidad en China. El debate entre los ‘valores asiáticos’ y los ‘valores universales’”. *Revista Cidob d'afers internacionals*. No. 63 (septiembre-octubre 2003).

HANSON, Stephanie. “China, Africa, and Oil”. *Council of Foreign Relations* (2008) www.cfr.org/publication/9557/china_africa_and_oil.html.

HAYS Gries, Peter. *China's New Nationalism. Pride, Politics and Diplomacy*. Berkeley: University of California Press, 2004.

JIANG Zemin. Discurso pronunciado en la Cumbre del Milenio en la ONU el 6 de septiembre de 2000. www.china-un.org/eng/zt/qiannianfenghui/t39519.htm

– 江泽民文选 *Jiang Zemin wenxuan* (Antología documental de Jiang Zemin). Beijing: Renmin chubanshe, 2006.

KAGAN, Robert. *The Return of History and the End of Dreams*. New York: Random House, 2008.

LEONARD, Mark. *What does China think?* London: Harper Collins, 2008.

LEVINE, Steven. "Perception and Ideology in Chinese Foreign Policy". En: Robinson, Thomas W.; Shambaugh, David (eds.) *Chinese Foreign Policy. Theory and Practice*. Oxford: Clarendon Press, 1994. P. 30-46.

MAO Zedong. 毛泽东外交文选 *Mao Zedong waijiao wenxuan* (Antología documental de la política exterior de Mao Zedong). Beijing: zhongyang wenxian chubanshe, 1994. P. 113-115.

– 建国以来毛泽东文稿 *Jianguo yilai Mao Zedong wengao* (Escritos de Mao Zedong desde la formación de la República Popular). Beijing: Zhongyang wenxian chubanshe, 1998.

MILLER, Lyman; LIU, Xiaohong. "The Foreign Policy Outlook of China's third Generation Elite". En: Lampton, David M. (ed.) *The Making of Chinese Foreign and Security Policy in the Era of Reform*. California: Stanford University Press, 2001. P. 123-150.

ROBINSON, Thomas W. "Chinese Foreign Policy from the 1940's to the 1990's". En: Robinson, Thomas W. y Shambaugh, David (eds.) *Chinese Foreign Policy. Theory and Practice*. Oxford: Clarendon Press, 1994. P. 555-602.

SHENG, M. *Battling Western imperialism: Mao, Stalin, and the United States*. Princeton: Princeton University Press, 1997.

SONG Qiang *et. al.* 中国可以说不-冷战后时代的政治与情感抉择 *Zhongguo keyi shuo bu, lengzhan hou shidai de zhengzhi yu qinggan juece* (China puede decir no. La opción política y emocional de la posguerra fría). Beijing: Zhonghua gongshang lianhe chubanshe, 1996.

SUN Jianshe. 与时俱进的中国国际战略思想-略论江泽民的国际关系民主化思想 *Yushi jujin de zhongguo guoji zhanlue sixiang, luelun Jiang Zemin de guoji guanxi minzhuhua sixiang* (La actualidad del pensamiento chino de estrategia internacional. Acerca del pensamiento de Jiang Zemin sobre la democratización de las relaciones internacionales) *Huayin shifan xueyuanbao*. Vol. 27. No. 5 (2005). P. 561-65.

WALKER, Martin. "The New American Hegemony". *World Policy Journal*. Vol. 3. No. 2 (1996). P.13-21.

WANG Yiwei. 和谐世界"观的三种内涵 *Hexie shijie de san zhong neihan* (Las tres acepciones del mundo armonioso). *Jiaoxue yu yanjiu*. No. 2 (2007). P. 67-71.

– 和谐理念 源于中国 属于世界 *Hexie shijie yuanyu zhongguo shuyu shijie* (El concepto de armonía se origina en China, pertenece al mundo) (2007b)
www.edu.cn/hui_fang_757/20070903/t20070903_251907.shtml